

MINISTROS DE RECIBO

Uno no sospechaba que en el primer Gobierno del Rey hubieran hecho ministro al Hombre Lobo, pero está por pensarlo muy seriamente. Sobre todo después que, hále, una y otra vez toda la prensa nacional esté presentándonos a los ministros en su más tierna intimidad familiar, rodeados de señoras esposas, hijos, nietos, mesas camillas y consolas con retratos dedicados de quita y pon (de quitar unos y poner otros según vayan las tornas, María, ¿no teníamos en el armario un retrato dedicado de Felipe y otro de Santiago, ay, qué mujer, qué mala memoria?).

Como ministros del primer Gobierno del Rey, uno tenía a todos estos señores por muy familiares, muy hogareños, muy de su casa y de su despacho. Oye, y escama que vengan y te lo restriegan por la cara una y otra vez. Vamos a ver, ¿quién ha dicho que los ministros nuevos son el Sacamantecas, o la Cantamora? Porque alguien lo ha tenido que decir. A mí que me registren, pero ¿a qué viene, si no, tanta presentación familiar, tanta entrevista a las señoras ministras para que digan que sus esposos en cuanto salen del despacho cogen el pé eme y de derechos a casa, sin echar una rup-tura al aire ni nada de nada?

Y el caso es que antes, con Franco, en lo que insistían era si los ministros nuevos habían estado en el frente del Volchov y en la toma de Santander. Ahora, nada; cuando la División Azul estaba pegando tiros en Kragnigborg, los tiros se pegaban solos; y

Santander se tomó con la Guerra Civil de la Señorita Pepis. Mientras se escribía el Libro de oro alemán de la historia de España nuestros ministros ya hacían vida familiar y hogareña y eran unos padres modélicos.

Uno no lo pone en duda lo más mínimo. Pero pasa con esto como con la democracia. ¿Por qué será que venga a repetir lo de la democracia de cara a Europa? ¿Y por qué será esto de venga a dar fotos familiares de los ministros y entrevistas a las ministras? ¿Será para hacernos creer que nunca podremos tener unos ministros más de recibo que los que hay? Porque me imagino yo que éstos no serán los últimos ministros de la historia. Aviados íbamos... ■ DESPENAPERROS.

LOS GOBERNADORES Y EL TAPON

Aquí mucho hablar del poder, y que el Señor del Gran Poder nos coja confesados, y que la oposición al poder, y que el poder a la oposición, pero nadie cae en la cuenta de que mientras no se celebren elecciones generales y vayamos todos al jubileo circular de las doce horas de Santa Urna Bendita y Alabada (o Virgen y Mártir, según se mire), en el país quienes mandan son los gobernadores. Quien autoriza las conferencias, los recitales y las representaciones teatrales es el señor gobernador; quien echa la Policía Armada a la calle a que les aplaudan es el señor gobernador; quien pone las multas de Orden Público



es el señor gobernador; a quien se chivan los ultras de las homilias es el señor gobernador; quien le manda cerrar el negocio a las asociaciones de vecinos es el señor gobernador. Lo que pasa es que el país está tan amadrileñado que si don Carlos Arniches levantara la cabeza, se volvía a morir del susto en vista del éxito obtenido. Lo que pasa es que en Madrid parece que no hay gobernador, porque con tanto Fraga no se nota, pero sí que lo hay, no he visto que lo hayan suprimido como si fuera un ministerio inventado por los chicos de Josemaría que se lo comen todo, hasta la tarta del desarrollo.

Quienes vivimos en provincias sabemos por experiencia —por que a mí, y a ti, y ese señor que está allí tan ricamente nos ha su-

cedió— que el que tiene la sartén por el mango en el prefranquismo, en el franquismo y en el posfranquismo es el señor gobernador. Así que, ¡viva el señor gobernador!, no se vaya a mosquear el mío, que aún no lo han destituido.

Es muy importante, pues, el talante de los señores gobernadores. Con un gobernador que en el septiembre azul dijo a los europeos que se metieran a Europa donde amarga el pepino, difícilmente podremos llegar a Europa. España es provincia, que decía el «Arriba» de tiempos de Sabino Alonso Fueyo. España es, por tanto, señor gobernador. España es, por tanto, «que se metan a Europa donde les quepa». Hasta que los quiten, porque los que no caben en ninguna parte son ellos.



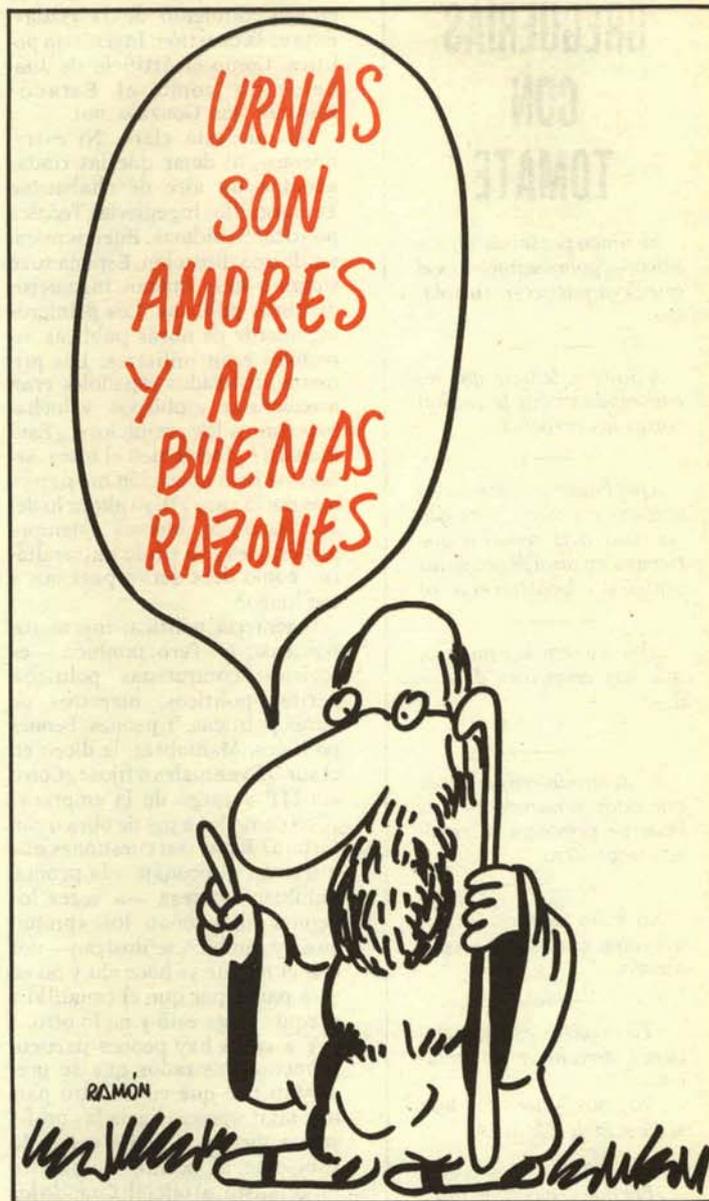
Pero hay gobernadores simpáticos, humanos bajo la púrpura provincial a dedo. Si yo dijera que Antolín de Santiago es uno de ellos, parecería que le estoy botando el esférico en plan Emiliano, pero que conste que no es de mo provincia, sino de la del maestro Pemán. En Cádiz, don Antolín —que había inventado en Valladolid la Semana del Cine— autorizó este verano que Fernandito Quiñones proyectara al personal «La naranja mecánica» y «El fantasma de la libertad». No sé cómo los autobuseros andaluces no hicieron pagar a don Antolín cánon de coincidencia, por la de viajes a Faro y a Portimao que les hizo perder...

Y ahora, en el momento del cambio, cuando la historia da el fognazo y los señores gobernadores sonríen en democrático para que no se les vea el azul («¡Un momento, señor gobernador: a ver, diga ahora lo de derechos humanos...! Flaaaaash. Ya está, mañana puede usted pasar a recogerla...»); ahora que pasan todas esas cosas y algunas más que vamos a forzar para que pasen, va don Antolín de Santiago y, de caballero de la mano en el pecho, canta su «Aida» político, el adiós a la vida de la púrpura provincial. Delante de un coro de ánimas de alcaldes de pueblo cesados, se descolgó el otro día en Cádiz con lo que sigue: «Si es ver-

SANTIAGO Y ABRE ESPAÑA

A PENAS hemos salido del Año Santo Romano y ya estamos dentro del Compostelano. La cuestión es no parar. Es lo que yo digo: aquí mucha santidad y la casa sin barrer. Los presos comunes deben de estar haciendo gárgaras con un botijo de puro contentos con esta santa racha; en cambio, los presos políticos oyen esto de Roma o Compostela como quien oye llover. Se ve que la política ha perdido la unción cristiana de antaño y nuestros católicos gobernantes se hacen los locos. Pero tal vez lo que no puede conseguir la mayoría de este país que pide masivamente la amnistía, lo consiga su santo patrón. No hay que perder las esperanzas. El señor Santiago es muy suyo y tiene un pronto impulsivo. Digo yo que es mucho más difícil ganar la batalla de Clavijo con tanto moraco como había por allí que abatir las puertas de la cárcel y dejar en fila india con el paquete bajo el brazo a un puñado de gente tirando a roja. Piensa uno que es mucho más trabajoso pasarse ocho siglos de reconquista encima del caballo ayudando a barrer el territorio que abrir las fronteras para que vuelvan los exiliados. Si nuestro señor Santiago no resuelve esto de la amnistía general será porque no quiere o porque está en baja forma. En otro tiempo, ciertamente, no le faltaron agallas. Aunque ahora también es posible que el hombre no pueda hacer demasiadas virguerías y a la mínima se vea cogido en la trampa saducea.

En épocas medievales que no había Consejos del Reino ni Cortes terciadas, que no había necesidad de formar quórum y la política se hacía con sentido común un poco a la pata la llana, nuestro señor Santiago resolvía cosas más difíciles en un periquete, con un mandoble o con un golpe de casco de su caballo blanco. Conociendo el carácter fuerte de este hijo del Zebedeo se puede colegir fácilmente que si le dejaran solo, él iba a resolver este asunto sin medias tintas, sin tanta prudencia, sin tanto miedo y cicatería. Pero tal como están las cosas, puede que nuestro señor Santiago, por mucho jubileo que celebre, si quiere darnos una amnistía general tenga que someterse al reglamento. Puede que algún político estreñido le sople al oído eso de que no hay que dar saltos en el vacío o le vaya con el cuento de la apertura gradual y le meta el rollo de la política en etapas sucesivas. Y nuestro santo patrón, que no debe de andar muy diestro en legalismos de democracia orgánica, tal vez le coja el gusto al visto bueno. A buen seguro que en ese caso nos vamos a quedar con una amnistía abortada, recortada o estrecha de pecho. No creo que haya que echarle entonces la culpa a Santiago de Compostela. Es que el pobre se habrá hecho un lío con los formalismos. ■ **VICENT**



dad que se nos pide participación y evolución, ¿cómo vamos a poder dejar a otros que lo hagan si tenemos taponados todos los cargos siempre los mismos?»

Es enternecedor. Todos tenemos que hacer nuestro el discurso de don Antolín para pedir que le quiten el tapón al botellón. Y para brindar por la honradez del señor gobernador. Ya que antes de que echaran a los últimos ministros de Franco nombrados directamente por Franco les pusieron en privado «Emmanuelle», yo proponería a don Antolín como Director General de la Naranja Mecánica, para que se la proyectara a todos los que fueran echando. Se iba a cortar más la copia que el «Currito de la Cruz» que ponían en el pueblo... Pero se avanzaría. Después de todo, el cinemacochon está de mucho mejor ver que el motorista de la muerte del franquismo. ■ **BURGOS.**

INGENIERIA POLITICA Y PEONAJE POLITICO

Ha dicho Don Manuel Fraga en sus penúltimas declaraciones: «Yo estoy firmemente convencido de que la sociedad española necesita un importante ensanchamiento de sus cauces de participación política». Eso es muy importante. Todo lo que dice Don Manuel Fraga es muy importante, porque es lo que nos va a pasar: firmeza, convencimiento, cauces, yo. Todo eso es nuestro asunto. Y Don Manuel Fraga ha matizado: «Pero ese ensanchamiento hemos de lograrlo comenzando, desde ya, una seria labor